

El conflicto de la subjetividad en la obra poética de Jorge García Sabal

Sandra R. Jara

Uno de los problemas teóricos que históricamente ha sido relevante desde diferentes disciplinas, pero que, en el pensamiento contemporáneo alcanzó características particulares por su instauración en un orden de crisis, es el de la **subjetividad**. Ahora bien, este planteo no implica otorgar una carga de negatividad a la cuestión; por el contrario, hablar de **crisis** respecto de la subjetividad significa hablar de un estado de apertura que marca la posibilidad de pensar al **yo** más allá de las fronteras impuestas por reflexiones de filiación metafísica.¹

El objetivo de este trabajo es abordar la problemática de la subjetividad en la obra poética de Jorge García Sabal,² centrándome fundamentalmente en tratar de determinar su constitución a partir de las posibles relaciones que se establecen entre los elementos que la distingue.

La cuestión del sujeto, textualizada en los poemas que abordaremos, pone en escena la ruptura de la dicotomía metafísica ser/no-ser. Desde esta dicotomía, tradicionalmente se

ha podido construir un cuadro paradigmático sustentado por los siguientes términos:

Sujeto / Objeto

Yo / Otro

Palabra / Silencio

La observación de este cuadro permite identificar al sujeto en el lugar del yo y de la palabra en oposición a un no-lugar determinado por el otro y por el silencio. Ahora bien, en el transcurso de este trabajo se intentará mostrar la transgresión de la significación que conllevan cada una de estas expresiones ya que, como veremos, el discurso autorreferencial -metapoético- que presentan los textos, indica que la subjetividad no puede pensarse en términos de absolutos. Por consiguiente, para hablar del sujeto textualizado, no se podrá decir que encuentra su sentido únicamente en las dimensiones de la presencia y la plenitud que tradicionalmente en el pensamiento occidental se le ha otorgado al yo y a la palabra, así como tampoco puede fijarse en las dimensiones de la ausencia y el vacío que han caracterizado al otro y al silencio.

En principio, se puede señalar que la deconstrucción³ de este cuadro, conduce a plantear la cuestión de la subjetividad desde dos instancias que, en un primer momento, podemos distinguir de la siguiente manera: la primera es la referida al yo en función de su relación con el otro; y la segunda, estaría determinada por el vínculo que se establece entre el yo y la palabra. Ahora bien, cuando hablamos del otro y de la palabra, no estamos ubicándolos en una posición de objetos frente a un yo que se erige como sujeto, y a partir del cual se conformarían. Ello implicaría someter estas relaciones a una categoría de causalidad; di-

cho de otro modo, la pregunta sobre si es el yo quien hace posible al/(su) otro y a la palabra, pierde sentido en los poemas de García Sabal, ya que desde la lectura realizada se podrá observar que estos textos no presentan un sujeto cuya estructura esté dominada por el poder absoluto del ejercicio de la autoconciencia de un yo.

La disolución del concepto clásico de sujeto se evidencia en la textualización de un sujeto poético que, paradójicamente, clausura la posibilidad de definir en términos de totalidad esa condición de **apertura** que lo caracteriza. Desde esta perspectiva, no parece pertinente hablar de una diferente **conceptualización** de sujeto, ya que ello implicaría introducirlo, nuevamente, dentro de los márgenes impuestos por la razón. En este sentido, nuestra propuesta se limita simplemente a intentar un acercamiento a la articulación y al trasvasamiento que se produce entre las imágenes del yo, del otro y de la palabra en la obra poética de García Sabal, a fin de mostrar una posible construcción del sujeto textualizado.

I

Los poemas presentan una multiplicidad de imágenes donde el sujeto poético se manifiesta como una zona figurativa que permite observar una experiencia enrarecida del yo, articulando la ruptura de la dicotomía ser/no-ser marcada por las diferentes instancias en que lo vemos emerger. En principio, se podría hablar del ocultamiento del yo, enmascarándose en **otras** personas lingüísticas: elidido en una tercera persona singular (él) e incluido en la pluralización del **nosotros**: "el que fuimos / el que no somos / el que no seremos" (EFDLA, p.23). Aquí, la falta de puntuación permite: a) marcar un espacio determinado por un

ritmo de continuidad donde la repetición de "el que" afirma la presencia del yo encubierto; b) observar que el signo "no", en su repetición, pierde su sentido excluyente para convertirse en el reforzamiento de la afirmación inicial ⁴; c) la convergencia temporal del pasado, el presente y el futuro eternizando al yo en su pluralización verbalizada.

Este centelleo incesante del yo que se oculta y retorna capturado en otras personas lingüísticas, expresa la simultaneidad del ser y el no-ser. Y, por otra parte, conduce al reconocimiento de una falta de identidad planteada, además, desde la autorreferencialidad poética que presenta el conflicto de la dualidad yo/otro ("Escribir / contra mí mismo /.../ Escribir / para aquel tan ajeno" [FDB, p.49]). Conflicto que se traduce en una suerte de extrañamiento del yo frente a su propia materialidad ("Como si fuera el cuerpo / lo mismo / el mismo él / de un cuerpo / ahora / otro" [TR, p.16]), poniendo en escena una adjetivación que semantiza la alteridad, pero que, en última instancia -y disipando la dualidad-, opera como una metáfora que borra los límites de lo original y lo figurado, ya que no alcanza a distinguir lo propio de lo ajeno: "distinto /.../ diferente / ajeno / desganado / de sí / mi cuerpo" (TR, p. 16). Desde esta perspectiva, puede decirse que la dualidad poetizada, en realidad, no es más que un simulacro dirigido a mostrar la división entre el yo y el otro dejando entrever, al mismo tiempo, el descubrimiento de algo no-dicho que, -paradójicamente- habla de un **punto** ⁵ de unión en donde el yo y el otro se fusionan transformándose en **lo mismo**.

Ahora bien, cabría preguntarse si podemos encontrar algún indicio que, textualmente, nos acerque a ese punto de unión. En este sentido, resulta interesante observar que la **oscuridad** y la **soledad** aparecen como imágenes que semantizan el espacio

destinado a ser el lugar donde se ubica ese punto en el que el yo y el otro confluyen en **lo mismo**: "Paso a paso entrar en lo oscuro /.../ paso a paso caer dentro de mí,/.../ Paso a paso entre piedras aridas / solo / conmigo" (EFDLA, p. 43). Pero, por otro lado, la deconstrucción de la dualidad no es expresada únicamente en esta dimensión de **lo mismo**; se da un "paso" más en el enigmático camino de este autodescubrimiento, marcando el tránsito, no ya hacia ese punto en el que el yo y el otro se unen, sino hacia la simplicidad de una angustiante confesión que homologa **lo mismo** a la **nada**: "Siempre soy otro. Y ninguno" (EFDLA, p. 28)

Complementando estas imágenes, observamos que la subjetividad también llega a configurarse desde una zona de impersonalidad, ya que el yo, en algunos poemas, está ausente en el nivel del enunciado poético. Es decir, el yo aparenta quedar fuera-de-escena, desplazado por el dominio de **otras** figuras que, no obstante, desde un plano signifiante adquieren el carácter de un entramado de huellas que remiten a él sin nombrarlo. Estas figuras se concretan en una sustantivación que parece estar encaminada a mostrar la materialidad sensible y la materialidad abstracta constitutivas de la subjetividad poética:

*Hay una figura clavada en el alma
Hay un sueño dibujado en los ojos
Hay un nombre que los labios anhelan:
Una antigua memoria arde en el corazón
Un pesado dolor se obstina en la ceniza
(EFDLA, p. 9)*

Desde estos enunciados que se inician con la sustitución verbal del **tengo** por un "Hay" -encargándose de liberar a esa materialidad de toda posesión de un yo-, se abre la posibilidad de

presentar un cúmulo de imágenes yuxtapuestas en las que se inscribe la subjetividad. Así, la fragmentariedad de un cuerpo articulada con la heterogeneidad del orden que conforma lo abstracto ("figura/alma", "sueño/ojos", "nombre/labios", "memoria/corazón", "dolor/ceniza"), crea un efecto de sentido tendiente a mostrar el complejo mundo/otro que constituye a la subjetividad en donde el yo, como unidad estable y homogénea, no tiene su lugar.

II

Al comienzo de este artículo habíamos señalado que el vínculo entre el yo y la **palabra** era una de las vías que nos permitían introducirnos en el problema de la subjetividad. En principio, podría decirse que la palabra aparece como el móvil que le ofrece al yo poético la posibilidad de -en un nivel lógico- objetivarse: "Hace palabras / amontona herrumbre / oro" (LP, p.27); aunque parezca contradictorio, esta misma objetivación abre el paso a la producción de una subjetividad en la que el yo ha perdido su papel protagónico.

Si bien es cierto que la palabra por momentos se convierte en el eje alrededor del cual gira la problematización del sujeto poético, ello no supone considerarla desde un punto de vista estático, aunque no está ausente en algunos textos el concepto de palabra como pura materialidad que cobra cuerpo en la letra y que parece no tener ninguna incidencia en la constitución de la subjetividad: "La rareza de los cuerpos fijos / sobre el papel" (MDLV, p.53). Esta metáfora que alude a la **palabra escrita** -infiltrando la cuestión de su **autonomía** respecto del yo, que será tratada más adelante- en su carácter de objeto, en otros poemas, es la superficie que articula la presencia de un yo elidido en el

espacio impersonal de la página en blanco: "Navegar un mar ajeno, / un cuadrado blanco de sueño, / un espejo de palabras" (FDB, p.41).

Ahora bien, la configuración de la palabra va adquiriendo características particulares que, en el terreno de la significancia, permiten observar sus desplazamientos en función de la posición en la que se ubica frente al yo. En este sentido, en principio, entendemos que la palabra se convierte en la matriz significativa a través de la cual el yo puede encontrarse: "me he descubierto / donde las palabras se ocultan: /.../ todo es ir y llegar / sobre un mismo silencio" (EFDLA, p. 27). Nuevamente, el discurso autorreferencial emerge como una estrategia que tiende a demostrar que el centro de poder, en la cuestión del sujeto poético, ya no se perfila en la figura del yo. Aquí, el yo, en realidad, ha sido despojado de un espacio propio y, en la eterna búsqueda de sí mismo, reconoce su lugar en el lugar de la palabra. Ahora bien, la enunciación de este texto anuncia la posibilidad de la palabra de dominar la escena de la subjetividad, pero no desde la dimensión de una **voz** que, de algún modo, estaría marcando la presencia del yo. Esa posibilidad se manifiesta desde una zona de **silencio** que también habla de la presencia del yo; por ello, puede decirse que en el "Escuchar la respiración del silencio" (FDB, p.41) está connotada la emergencia de una palabra escindida (voz/silencio) que es fundamentalmente **diálogo** porque contiene, en ese "escuchar", la presencia de un yo abierto a ese diálogo.

En el discurso metapoético que presentan algunos textos se puede observar un aspecto diferente de la palabra en lo que se refiere a su posición. Es decir, se poetiza un distanciamiento que no solamente expresa su **autonomía** respecto del yo, sino que también marca la negación de éste como centro a partir del cual

se genera el acto poético: "Los poemas se escriben con palabras / que no tenemos." (LP, p.29). En este sentido, la negación no manifiesta la anulación del yo, su exclusión o su desaparición de la escena poética; por el contrario, lo afirma en una relación de subordinación que implica un movimiento de transposición por el que, en un nivel semántico, se deduce que ya no es el yo el que se sirve de la palabra, sino que es la palabra la que se sirve del yo. Ahora bien, desde la enunciación impersonal se recorta una zona de acción donde la independencia funcional de la palabra va articulando un orden de contradicciones:

Palabras

(terror bajo la máscara de oro)

/.../

En el viento de la página blanca

Asoñadas

Ensimismadas

Creando laberintos y refugios

(EFDLA, p. 46)

Así, en la palabra se encuentra una potencia creadora que desplaza al yo en la configuración de la subjetividad poética, pero inscrita en una posición ambivalente. Es decir, esa potencia creadora de la palabra marca el espacio que conduce, al mismo tiempo, a la salvación ("refugios") y a la condena ("laberintos") del sujeto.

III

La trayectoria que hemos recorrido ha pretendido mostrar que el conflicto de la subjetividad no debe pensarse solamente desde la figura del yo. Es decir, no se puede obviar la presencia del otro y de la palabra en la constitución del sujeto poético ya

que ellos mantienen con el yo una relación de mutua pertenencia que hace posible el surgimiento de la subjetividad.

Evidentemente, todavía estamos muy lejos de agotar esta problemática que, como se ha podido observar en la obra de García Sabal, abre el camino hacia un **más acá** y hacia un **más allá** del yo, conduciendo a su pluralidad, a su heterogeneidad y a su inestabilidad dentro del orden de la subjetividad. La participación activa del otro y de la palabra va deconstruyendo la figura de un yo soberano, articulando un espacio de significaciones alrededor de la subjetividad que, inevitablemente, no solamente nos lleva a replantear la categoría de sujeto, sino también, toda la conceptualización que gira en torno a él, como por ejemplo, el concepto de autorreferencialidad.

NOTAS*

* Para facilitar la tarea de los lectores, los títulos de los libros trabajados se indicarán con las siguientes abreviaturas:

El fuego de las aguas , Bs. As.: Ed. Botella al Mar, 1979	EFDLA
Figura de balle , Bs. As.: Ed. Rodolfo Alonso, 1981	FDB
Mitad de la vida , Chubut: Ed. de Rawson, 1983	MDLV
Lugares Propios , Bs. As.: Ed. Tierra Firme, 1987	LP
Tabla Rasa , Bs. As.: Ed. del Dock, 1990	TR

¹. Me refiero a la línea de pensamiento que se inicia fundamentalmente con las filosofías de Nietzsche y de Heidegger, referencias imprescindibles en las teorizaciones de las corrientes postestructuralistas, deconstructivistas y postmodernistas actuales que -no solamente desde un punto de vista filosófico, sino también, literario-, han introducido un diferente modo de pensar al sujeto, al lenguaje y a la historia

². En este momento del trabajo me parece importante establecer algunas aclaraciones: aunque considero que en poesía -mucho más que en otros géneros- es complejo el trazado de límites que puedan separar al sujeto empírico del sujeto textual, no es mi intención indagar sobre esta problemática que, según entiendo, escapa a la competencia de la crítica literaria. Pretendo centrarme en el sujeto textualizado, admitiendo, sin em-

bargo, que el resultado de este artículo no será más que la presentación de un **sujeto virtual**, producto de mi lectura

³. La utilización que hago del término **deconstrucción** mantiene su deuda con el pensamiento de J Derrida. En este sentido, deconstrucción no implica destrucción, sino una actividad que tiende a hacer tambalear el edificio conceptual del pensamiento filosófico metafísico. (Cfr. Jacques Derrida, **De la Gramatología**, Buenos Aires: Siglo XXI, 1971, p.61)

⁴. La cuestión de la **negación** ha sido un problema a resolver dentro del pensamiento filosófico desde los griegos hasta la actualidad. Pero, en este caso, me interesa recordar la postura de Wittgenstein y de Kristeva que, desde perspectivas diferentes -el primero, a partir de su filosofía del lenguaje, y la segunda desde su estudio semiótico del lenguaje poético- han pensado la negación desde su posibilidad de portar diferentes significados, entre ellos, el afirmativo, dentro del gesto de una repetición adecuada a un contexto de reglas (Cfr. Ludwig Wittgenstein, **Investigaciones Filosóficas**, Barcelona: Ed. Grijalbo, 1988, p. 351) que, en este caso, estarían circunscriptas al estatuto de la ambivalencia del lenguaje poético en donde "la negación (.) reúne en una misma operación significativa la norma lógica, la negación de esa norma (..) y la afirmación de esa negación" (Cfr. Julia Kristeva, **Semiótica 2**, Madrid: Ed. Fundamentos, 1981, p. 65), afirmando, en última instancia, la existencia de una no-existencia.

⁵. Cuando hablo de un **punto** me estoy refiriendo al concepto de **diferencial significativo** teorizado por Kristeva, en tanto que a partir de él se plantea la posibilidad de leer en el texto la resonancia de una infinidad de significaciones (Cfr. Julia Kristeva: 1981, p. 110 y ss.)